

EN PORTADA JOSÉ GARRIDO LAPEÑA



José Garrido Lapeña. Palma de Mallorca, 1961. Fotógrafo.

Confiesa el artista: «Vivo en Zaragoza desde 1987. Compagino mi trabajo como fotógrafo con la fotografía personal y con la enseñanza. Hago bodegón, siempre tengo una serie de bodegones empezada. Fotografío personas, en el retrato posado, como este de 'Artes & Letras', me gusta la sencillez y la persona; intento mirar a través de sus ojos. También fotografío personas fuera de casa, no conscientes de que son fotografiadas. Fotografío mucho en casa, mi familia, los amigos y las cosas». **A&L**

UNA FOTO EL CIRCO VISTO POR CARLOS PÉREZ MORALES



Cartas para un país... Manuel Cortés.

La semana pasada, en 'Artes & Letras', se coló una errata en edición: se firmaba esta foto a Manuel Pérez Morales: se trataba de Carlos Pérez Morales (Zaragoza, 1980). Carlos confiesa: «Después de trabajar como asistente para muchos fotógrafos, empecé mi trayectoria de forma independiente publicando reportajes en diversas revistas y periódicos. Paralelamente realicé proyectos más personales como 'Voces Sabias' o

'Mercaderes'. Actualmente vivo entre Argentina y España, desarrollando 'Camping', un estudio de fotografía y diseño gráfico que acabó e inaugurar. La foto de Luis Raluy nace de un reportaje: he compartido con él un ritual que lleva realizando durante años: su transformación en el payaso blanco. Después de 50 años dedicado a en cuerpo y alma a ésta profesión, su amor al circo y a la vida nómada sigue intacto». **A&L**

Antonio Pérez Morte: «Amor mío, devuélveme los aforismos /que sobre tu piel he escrito, /y deja caer esta noche, /nostalgias, poemas, voces, /tu cuerpo una vez más. /¡Sólo quiero recordar!» (De 'Escombros', Celya)



NOVELA MIGUEL SERRANO SE SIRVE DE LAS IMÁGENES MÁS INTENSAS DE SU JUVENTUD

La memoria a la intemperie

NARRATIVA ARAGONESA

Autopsia

Miguel Serrano Larraz.
Editorial Candaya. Barcelona,
2013. 398 páginas.

Serrano se estrena en la novela, después de probar sobradamente su valía como poeta y prodigarse con éxito en el relato. Lo hace con una mirada polivalente a sus años mozos, que reparte entre el análisis de lo grotesco, la confesión serena de lo cotidiano y una avalancha de datos que no por apabullante deja de ser alimenticia. La forma de expresión es torrencial, intensa, no apta para todos los estómagos. No impone un ritmo desbocado, al contrario; la recreación en los detalles identifica a un estilo que, poco a poco, se va sirviendo de la contención para desbrozar el relato. Una suerte de 'tour de force' para los lectores inquietos que viene con premio: la complicidad. El autor hace caer al lector en una tentación que no solo es inevitable, sino que se antoja conveniente para el disfrute del libro.

Miguel tiene Zaragoza tatuada en el alma, y su forma de recorrer barrios y calles con la mente es de taxista emocional. Cada viaje trae gente en las alforjas: el chaval de barrio humilde al que nunca volvió a ver, la chica que centraba las burlas en el colegio, los colegas de los años convulsos (el magnético DJ Hans Castorp, guño obvio a Thomas Mann y 'La montaña mágica' que ya se apunta en las notas de arranque) y, naturalmente, Laura Buey, el epicentro de la novela. Una figura del pasado cuyo impacto se perpetúa en los años, a pesar de no regresar físicamente a la vida del narrador. Luego, en un apropiado plano secundario, aparecen los compañeros anónimos de Primaria, con los dos apellidos que ayudan a la ubicación de sus perfiles de Facebook; una glosa de esa extraña actitud que tienen muchos humanos a la hora de rescatar en redes sociales otros humanos que no dejaron huella alguna en su día, y son (siguen siendo) perfectos desconocidos en el presente.



Miguel Serrano Larraz ha practicado una detallada 'Autopsia'. HERALDO

Serrano ahonda en los callejones espirituales de su Zaragoza particular, con un impulso más feroz que nostálgico

Serrano sorprende por muchas cosas. La principal es posiblemente su colección de frases-bomba, dinamita colocada en medio de los párrafos que galvaniza la lectura gracias a un poderoso aporte gráfico. Cuenta, por ejemplo, que estás en un autobús urbano y aparece una chica del colegio a la que no ves hace años, que te indica el fondo del autobús para invitarte a una charla casual, y en el camino hacia los asientos traseros el protagonista ve 'su espalda en tránsito'; con la pesadilla recurrente ali-

mentada por la culpa, surge un 'miedo de polvo en la boca'. Y de pronto, en mitad de una reflexión, resulta que 'el tiempo no es discreto ni exacto: en realidad, no puede cuantificarse'.

'Autopsia', empero, no es una colección de fregonazos. Tampoco un pastiche autobiográfico lleno de indulgencia hacia las veleidades de la juventud, o un empuje de ojo crítico, de ese escaneo permanente que algunos identifican con la madurez. La suya es una historia que se apoya en personas, como el salmonero Hans, que siempre tiene una anécdota colateral cuando la conversación se centra en una figura popular; es el apóstol de esa actitud somarda que caracteriza a tantos y tantos pontífices aragoneses de la cultura, gente que ama la réplica 'per se' y disfruta fustigando suavemente al que busca aprobación, sea o no amigo. Un colega tocapelotas al que veneramos, ya sea en secreto o a la franca.

Uno de los pasajes más conmovedores de 'Autopsia' es el que Serrano dedica al día en el que le pegaron los 'skinheads', frase que titulaba un libro escrito a edad muy temprana y del que no guardó copias; brilla la descripción del dolor físico que se extiende por el sistema nervioso a todo el cuerpo, es magnífica. La rabia se escapa a borbotones de los párrafos sin necesidad de recurrir a imágenes cruentas. También cautiva, por breve (en contraste con la amplia descripción de otras situaciones), la alusión a la próxima paternidad y todo lo que ello supone en el discurrir de lo cotidiano.

La segunda parte del libro marca un giro sostenido: nada que ver con el 'plot point' de los guiones de Hollywood. Serrano se entrega a la secuencia interminable de acontecimientos, acelera el paso y, mirando hacia atrás, huye hacia adelante. Los capítulos son más breves: un atraco salvaje, dosis coyunturales de choque de clases, encuentros no deseados, hermanos mayores no consanguíneos... y la muerte que llega en silencio.

PABLO FERRER

ELEGÍA A UN POETA
LUIS FELIPE ALEGRE

Juan Gelman

La poesía viaja con frecuencia en canciones antes que en los libros. La de Juan Gelman llegó a Europa en 1972 y la introdujo el Cuarteto Cedrón en su disco 'De Argentina', grabado en Barcelona y publicado ese año en París. En España el disco tardaría un año en salir; la censura no podía tragar algunos versos de Gelman, aunque hubiera en el disco otros de su mentor, Raúl González Tuñón, donde, por ejemplo, atribuía a los ladrones la cualidad de ser «canallas como cristianos». Es decir, si el censor tragaba el verso de Tuñón, qué no dirían los poemas de Gelman. Y es que Gelman llegó a la poesía para decir y trastocar cosas. La andadura del poeta con el músico Juan Cedrón había comenzado en 1963 con el disco 'Madrugada', que, en palabras de Francisco Urondo, expresaba «una nueva mentalidad de los hombres de este lugar de América». Creo que Urondo se refería a un instinto revolucionario que en América abandonaba el comunismo ortodoxo y se investía con la causa nacional. En ello andaba el poeta: véase 'Gotán'. Durante el destierro, seguirían los discos del Cuarteto Cedrón cantando a Gelman -años de 'Hechos' y 'Relaciones'- como en la cantata 'Del gallo cantor', que El Silbo Vulnerado llevó a escena en 1981. Conocí personalmente a Gelman en Buenos Aires, en 1988, al poco de llegar del exilio y a punto de volverse a ir, ahora definitivamente, a México. En la redacción de 'Página 12' tomamos café, fumamos, me aclaró el sentido de algunos poemas y me preguntó por un romance sefardí. No lo vi triste, pero sí cordialmente ausente. Años después, Nancy Morejón hizo que coincidiéramos para volver a fumar y regalarle unos cómics de Germán Díez donde los guiones eran poemas suyos. Lo que me extraña es que en su biografía no se mencione al Cuarteto Cedrón.

